

Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana, nº 24, año 2007, p. 139 a 169.

La historia en los debates de la posmodernidad

History in the Debates of Post-Modernism

María Cristina Satlari*

Resumen

Los modelos de comprensión de la realidad que han tomado los historiadores, elaborados por San Agustín en el siglo V (de la adaptación), por Maquiavelo en el siglo XVI (del conflicto) y por Leibniz en el siglo XVII (de la multiplicidad) –vistos en perspectiva de larga duración–, son los que, combinados de distinta manera, perviven hasta la actualidad en los historiadores que toman a la historia como una ciencia que intenta comprender el pasado. El debate con los pensadores posmodernos se da en términos de si la historia es ciencia o solamente discurso. Este escrito sostiene que la práctica de hacer historia, entendida como ciencia, no es compatible con los postulados posmodernos. Los que se dicen historiadores posmodernos no son historiadores, son posmodernos.

Palabras clave: historia; historiografía; debates historiográficos; posmodernidad e historia.

Abstract

The models for the understanding of reality taken by historians, and elaborated by St. Augustine in the Vth Century (of adaptation), by Machiavelli in the XVIth Century (of conflict) and by Leibnitz in the XVIIth Century (of multiplicity) –perceived in a long-term perspective– are those which, combined in various ways, survive up to these days in historians who take history as a science that tries to understand the past. The debate with post-modern thinkers turns around whether history is science or merely discourse. This paper holds that the practice of doing history understood as a science is not compatible with post-modern postulates. Those who consider themselves post-modern historians are not historians; they are post-modern.

Keywords: history; historiography; historiographic debates; post-modernism and history.

* Doctoranda en la Universidad Nacional de Cuyo. <pikysatlari@gmail.com>

En un notable artículo escrito en 1998 en el que refutaba las actitudes escépticas de los intelectuales posmodernos, Carlo Ginzburg llegaba a la conclusión de que esos abordajes posmodernos estaban absolutamente reñidos con la práctica de hacer historia¹. Específicamente se refería a la noción de perspectiva, que en el pensamiento posmoderno ha dado lugar al relativismo absoluto. Para la historia, la noción de perspectiva encarada “posmodernamente”, ha significado, en términos gruesos, que “cualquier versión es válida, dependiendo de la validez del punto de vista”. La otra cuestión que la perspectiva posmoderna licua es una que siempre ha generado debate entre los historiadores: el problema determinismo vs. libertad. Esa libertad, en términos posmodernos, llevaría a la disolución de la historia como ciencia, ya sea por la validez de la multiplicidad de perspectivas (si todo es válido, nada es válido) o por la disolución de la historia en el discurso. En tal caso, el discurso histórico se justificaría sólo en cuanto texto y no en cuanto

1 GINZBURG, Carlo, “Distancia y perspectiva; dos metáforas”, en *Entrepasados*, Buenos Aires, n° 16, 1999, p. 99-121. El autor refería y completaba para la historia lo que Alan Sokal había dicho con respecto a la sociología y a la filosofía de los pensadores posmodernos. Este profesor de Física teórica de la Universidad de Nueva York, en 1994 provocó un estremecimiento importante entre los académicos posmodernos, especialmente franceses, cuando reveló que un ensayo suyo, escrito en esos términos –y aprobado por un comité académico importante– era una parodia sin contenido y sólo lo había redactado para burlarse de las posiciones absolutamente relativistas de los posmodernos. En el prefacio a la edición castellana de la profundización de esas críticas dice: “[...] ¿qué es exactamente lo que sostenemos? Ni demasiado, ni demasiado poco. Mostramos que famosos intelectuales como Lacan, Kristeva, Baudrillard y Deleuze han hecho reiteradamente un empleo abusivo de diversos conceptos y términos científicos, bien utilizando ideas sacadas por completo de contexto, sin justificar en lo más mínimo ese procedimiento –quede claro que no estamos en contra de extrapolar conceptos de un campo del saber a otro, sino sólo contra las extrapolaciones no basadas en argumento alguno–, sin preocuparse para nada de si resultan pertinentes, ni siquiera de si tienen sentido. No pretendemos con ello invalidar el resto de su obra, punto en el que suspendemos nuestro juicio”, en SOKAL, Alan y Jean BRICMANT, *Imposturas intelectuales*, Buenos Aires, Paidós, 1999, p.14.

referencia a una realidad pasada. En el artículo “Distancia y perspectiva, dos metáforas”, citado en nota 1, Ginzburg refuta con erudición esas nociones posmodernas. En el artículo el autor reconoce tres formas básicas de comprensión de la realidad utilizadas por los historiadores: el modelo de la adecuación elaborado por San Agustín en el siglo V; el del conflicto, por Maquiavelo en el XVI y el de la multiplicidad, por Leibniz en el XVII. Completa su aseveración:

Bastarán pocos ejemplos para ilustrar la duradera influencia de cada uno de ellos. La Filosofía de la Historia de Hegel combinó el modelo conflictual de Maquiavelo con una versión secularizada del modelo de Agustín basado en la adecuación. La reelaboración del modelo conflictual en la obra de aquel gran admirador de Maquiavelo que fue Karl Marx es igualmente evidente. Y no será necesario recordar la función decisiva del perspectivismo en la batalla de Nietzsche contra la objetividad positivista².

Se hace necesario antes de encarar los debates epistemológicos de la historia como disciplina, posteriores a la caída del Muro de Berlín, recordar uno muy importante que se realizó entre los historiadores marxistas europeos, especialmente británicos, a mediados de los setenta. Es el que protagonizó Edward Palmer Thompson³ con varios otros historiadores marxistas británicos, pero especialmente con Perry Anderson –que era entonces y continúa siéndolo en la actualidad– director de la revista *New Left Review*. A favor de los planteos de Thompson también participaba el historiador italo-norteamericano Eugene Genovese, el británico Raphael Samuel y otros que luego han sido conocidos como cultores de la “historia desde

2 GINZBURG, Carlo, “Distancia y perspectiva: dos metáforas”, en *Entrepasados* (Buenos Aires) n° 16, 1999, p. 112-113.

3 El libro de E. P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, New York, Penguin, 1963, ya había significado su separación del grupo de marxistas de la *New Left*, dirigido por Perry Anderson, pero fue THOMPSON en su obra *Poverty of Theory*, publicado en 1978, el que provocó los famosos debates en los que atacaba el dogmatismo marxista en sus versiones más deterministas, especialmente el estructuralismo althusseriano.

abajo”, a la que haremos mención brevemente más adelante. En la Argentina⁴, un análisis breve pero importante del debate –del que fue eje Thompson–, fue realizado por el colectivo *Razón y revolución*. En éste los autores recuerdan que:

Una versión abreviada de esta polémica fue la que publicó José Sazbon en *Punto de Vista*. Básicamente es una reiteración de la posición andersoniana pero existe un particular escamoteo: no se registra la crítica política que Thompson descargó contra el estructuralismo marxista. El historiador inglés no se ocupó exclusivamente de plantear una posición teórica diferenciada de la de Althusser y sus seguidores: los acusó directamente de elitistas y academicistas. Para él lo que los althusserianos hacían era protagonizar un particular “psicodrama” que les permitía reivindicar la revolución y el marxismo al tiempo que se dedicaban a una tranquila carrera dentro del ámbito académico. Y esto no es menor dentro de su producción. Para él no existe desconexión entre teoría y política⁵.

4 Si bien los aportes desde distintos marcos teóricos, que sirvieron para renovar el campo historiográfico, se remontan a los aportes de Gino Germani, José Luis Romero y Tulio Halperin Donghi (al tanto de las discusiones europeas y británicas los dos últimos) desde la década del sesenta, la interrupción sangrienta de la última dictadura demoró hasta la vuelta a la democracia un cuestionamiento serio y *aggiornado* de la producción historiográfica en nuestro país. Cf. DEVOTO, Fernando y Nora PAGANO (Eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

5 Colectivo *Razón y Revolución*, “Thompson: Historia y compromiso”, Dossier “E.P. Thompson”, en *Razón y Revolución*, n° 1, otoño 1995. Reedición electrónica, p. 1-2. A la fecha de esta nota, *Razón y Revolución*, publicación de historiadores marxistas argentinos en Buenos Aires, estaba en una postura de “marxismo abierto” al estilo Thompson. En la actualidad, una década después, la mayoría se ha definido por un “socialismo científico” que identifican con un reivindicado trotskismo. Los debates sobre la posición de Thompson y sobre *Misery of Theory*, publicado por Thompson, se recogen en el excelente trabajo editado por Raphael Samuel, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.

El punto central de la crítica de Thompson al estructuralismo althusseriano respecto del análisis histórico, se centró en rebatir el concepto de práctica de Althusser, al que Thompson opuso el de experiencia. En la concepción de Althusser, según Thompson, las prácticas son rituales regulados por los aparatos ideológicos del Estado que son los que hacen que el sujeto se constituya como sujeto ideológico. De esta forma, Althusser quedaba atrapado por la ideología dominante, de la cual no pudo escapar. Si el sujeto es soporte y la ideología constituye eternamente a los sujetos, el resultado es un callejón sin salida: sólo significa determinismo. Esto, para Thompson, impide dar cuenta de la lucha de clases y, por lo tanto, de la historia. El problema central del análisis thompsoniano fue el tema de la conciencia de clase y no de las condiciones de vida o la cultura en sí mismas de la clase obrera. El concepto de experiencia, que Thompson rescata como muy importante dentro del pensamiento marxiano, le permite explicar el pasaje de la situación de la lucha de clases a la formación de la clase como sujeto histórico concreto –en su caso, la clase obrera británica. Thompson parte de la relación social de explotación como una circunstancia objetiva, y cómo se puede pasar de la situación objetiva al reconocimiento de comunidad de intereses y futuro común. De esta manera, la conciencia de clase no es una cosa, es un acontecer; no es una estructura ni una categoría. Al tematizar esta línea de investigación histórica, Edward Thompson distinguió nítidamente entre el marxismo como sistema cerrado y una tradición procedente de Marx de investigación y críticas abiertas⁶. Básicamente se trataba de rescatar experiencias de autoactividad de los trabajadores, que forman parte de la lucha de clases. En esta misma se hallan los trabajos *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg, y *Rebeldes sociales*, de Eric Hobsbawm, escritos en la década del setenta. Allí se aprecia el concepto de lucha de clases en la forma de una población de campesinos o artesanos contra la irrupción de formas capitalistas; una resistencia que no se manifiesta tanto en las acciones políticas directas, como en las formas ocultas de los trucos campesinos de obstinada actitud ante el trabajo, el rendimiento y otras formas de dominación. Además de los mencionados, en Giovanni Levi y otros historiadores italianos se manifiesta ese

6 Es la que en la Argentina rescata Horacio Tarcus, por ejemplo, en *Marx en la Argentina, sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

interés en las formas de resistencia de mayorías anónimas a las formas de opresión capitalista. *La visión de los vencidos* de Nathan Wachtel (1971), sobre los Incas del Perú, también está en la dirección de rescatar la memoria de los oprimidos. La conciencia de clase y la cultura en sentido de comunidad de creencias, valores y actitudes desempeñan un papel decisivo en estos historiadores. El eje pasa a ser cómo los seres humanos viven su situación. Se resalta en estos estudios la participación activa a través de las resistencias cotidianas de las capas bajas de la sociedad. A este enfoque se lo considera en sentido amplio “historia desde abajo”.

Intento rescatar a la calcetera pobre, al campesino ludita, al tejedor “anticuado” que trabaja con un telar manual, al artesano “utópico” y hasta a los seguidores burlados de Johann Southcott del aire de enorme condescendencia con que los contempla la posteridad. Sus oficios y tradiciones pueden haber sido agónicos. Su hostilidad a la nueva industrialización fue, tal vez, retrógrada. Sus ideales comunitarios pueden haber sido pura fantasía, sus conspiraciones, posiblemente temerarias. Pero ellos vivieron en esas épocas de extrema inquietud social y nosotros no⁷.

Thompson ha sido acusado de culturalista, empirista, folklorista, e incluso antimarxista, pero desmintió duramente todas esas acusaciones en foros y publicaciones. Sin embargo, algunos que se sienten sus seguidores utilizan para sus producciones el acento en algunas de las categorías de las que Thompson tan vigorosamente se defendió. Con respecto a autores argentinos decía el colectivo *Razón y Revolución*:

Entre quienes reivindican a Thompson encontramos dos líneas: 1) los que utilizan su nombre para legitimar su propia práctica historiográfica, sea por un interés real a partir de su compromiso político, sea por la simple intención de justificar un trabajo académico. 2) quienes intentan utilizar algunas de sus categorías, descontextualizándolo.

7 THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, 1965, p. 12-13, citado por BURKE, Peter, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1994, p. 40.

Como ejemplo de la primera actitud en su primera variante encontramos el libro de Pablo Pozzi *Oposición de la clase obrera a la dictadura*, donde, a pesar de partir de la definición de clase de Thompson no se le asigna función alguna en el desarrollo del texto. La segunda variante se puede ver en el conjunto de artículos *Mundo Urbano y Cultura Popular* compilados por Diego Armus.

En cuanto a la segunda actitud se puede mencionar el reciente libro de Hilda Sabato y Luis Alberto Romero *Los trabajadores de Buenos Aires, la experiencia del mercado 1850-1882* que reducen la noción de experiencia a las conductas de los trabajadores frente a un contexto dado. En Thompson la noción de experiencia no se utiliza para cualquier tipo de actividad o percepción de los trabajadores, sólo para aquello que sirve de puente para el pasaje de la mera existencia de la lucha de clases –como situación objetiva–, a la constitución de la clase como sujeto histórico⁸.

Del otro lado del Canal de la Mancha, en París más precisamente, los herederos de la Escuela de los *Annales*, con su director Jacques Le Goff a la cabeza, a diferencia de los marxistas británicos e italianos –que estaban debatiendo sobre categorías teóricas, como vimos arriba–, proclamaban que había una “nueva historia” que, conquistadora, estaba en marcha. En ese sentido, bajo la dirección de Jacques Le Goff y Pierre Nora, se publicó una colección de artículos titulados *Hacer la Historia*, en tres volúmenes. De ella participaban historiadores marxistas y no marxistas, todos franceses y con algún grado de cercanía a la Escuela de los *Annales*⁹ de la École des Hautes Etudes, de la Universidad de París. Transcribiré

8 Colectivo *Razón y Revolución*, ob. cit., p. 4-5.

9 La revista *Annales* fue fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch. Alrededor de ella se formó la Escuela de Annales, al comienzo como una rebelión contra el predominio de la historia positivista de acontecimientos políticos. Luego, a través de innovaciones y la combinación de ellas, el movimiento de *Annales* logró difusión mundial. En general adhirieron en la década del setenta al estructuralismo. La contribución de los dos fundadores, más la de Fernand Braudel al frente de *Annales* por más de veinte años, hasta su retiro en 1975, fue decisiva. Braudel fue el introductor de la concep-

algunos párrafos de la presentación que hicieron Le Goff y Nora de aquel trabajo, ampliamente difundido en Latinoamérica, mostrando una historia “conquistadora de enfoques, temas y problemas”.

Actualmente el dominio histórico no tiene límites y su expansión se produce de acuerdo con unas zonas o líneas de penetración que dejan entre sí espacios agotados o baldíos; sólo nos han retenido los avances ya practicados por numerosos historiadores, de los cuales solamente algunos aportan su testimonio en estas páginas.

[...]

Esta obra quiere ser algo más que un balance, algo distinto a un panorama. Tal vez un diagnóstico sobre la situación de la historia, tal como la practican hoy historiadores procedentes de horizontes diversos y generaciones distintas, pero que comparten –al margen de toda escuela– un mismo espíritu de investigación. Constituye, también un punto de partida en cuanto a los nuevos caminos de la investigación histórica. En efecto, la historia, como las demás ciencias básicas, ha conocido desde hace algunos años transformaciones profundas. De la misma manera que las matemáticas o las lingüísticas vivas son las que llamamos “modernas”. Existe una “nueva” historia. Novedad que estriba en tres capítulos: el de los nuevos problemas que ponen la misma historia en tela de juicio; los nuevos enfoques que enriquecen y modifican los sectores tradicionales de la historia, el de los nuevos temas que aparecen en el campo epistemológico de la historia. A cada uno de estos aspectos va dedicado un volumen de esta obra.

[...]

La historia nueva, que rechaza más decididamente que nunca la filosofía de la historia y no se reconoce ni en Vico, ni en Hegel, ni en Croce, y menos aún en Toynbee, no se contenta ya, sin embargo, con las ilusiones de la historia positivista y, pasando más allá de la crítica decisiva del hecho o del

ción de la historia en tres tiempos: el de la coyuntura (el tiempo corto); el de la estructura (la mediana duración); y el tiempo largo (la larga duración). Peter Burke se refiere a la escuela de los *Annales* como “la revolución historiográfica francesa”.

acontecimiento históricos, se vuelve hacia una tendencia conceptualizante que corre el peligro de arrastrarla a algo diferente de sí misma, ora se trate de las finalidades marxistas, de las abstracciones weberianas o de las intemporalidades estructuralistas.

[...]

La historia –esta obra tiene que manifestarlo– experimenta hoy, no obstante, una dilatación inaudita y, en su enfrentamiento con las ciencias hermanas, sale casi siempre reencontrada, gracias a la solidez de métodos probados, a su anclaje en la cronología, a su realidad. Si un peligro la amenaza es más bien el de perderse en este aventurerismo con frecuencia demasiado venturoso. Podemos preguntarnos si el tiempo de las aperturas –que esta obra quisiera poner de manifiesto en su triunfante conquista – no cederá su lugar a un tiempo de reflujo y de redefinición discreta. El progreso de las ciencias se opera tanto mediante rupturas, sino más, que por extensión. La historia aguarda tal vez a su Saussure¹⁰.

Esta vitalidad de la historia que se había mostrado en las vigorosas discusiones de los historiadores marxistas en los setenta y en la proclamación de la historia como la “conquistadora entre las ciencias sociales” y por una explosión en todas partes de occidente de todas las “nuevas formas de hacer historia” sufrió, unos pocos años después, el embate desde distintos frentes¹¹. Fue cuestionada no sólo como relato articulador, sino también como ciencia social.

Muchos cientistas sociales han sentido los años que terminaban la década del ochenta –con la caída del muro de Berlín como acontecimiento emblemático y con él lo que Eric Hobsbawm llamó el fin del corto siglo XX– como tiempos

10 LE GOFF, Jacques y Pierre NORA (Directores.), *Hacer la Historia*, Barcelona, Editorial Laia, 1985, p. 7-11 (1ª edición en francés: París, Gallimard, 1974; 1ª edición en español, Barcelona, Laia, 1978).

11 Los nuevos temas, enfoques y problemas. con evidentes influencias de Annales y sus más importantes cultores angloparlantes, escribieron los artículos en *New Perspectives on Historical Writing*, compilados por Peter Burke, en 1989. La obra fue traducida al español y al portugués. Cf. *Formas de hacer historia*, ed. cit.

de incertidumbre. En la historia se han sentido los embates del “giro lingüístico”, del posmarxismo, del posestructuralismo (al que algunos llaman “giro subjetivo”) y del deconstruccionismo, fundamentalmente a partir de los escritos de Derrida. Estos embates han significado el cuestionamiento de la historia como perteneciente al campo de las ciencias sociales, productora de conocimiento científico, para relegarla al campo de las humanidades como un discurso más, por lo tanto, no productora de conocimiento científico.

Me interesa señalar cómo dos publicaciones emblemáticas en la historia registraron la incertidumbre de fines de los ochenta. Una es *Annales* y la otra es *New Left Review*¹². El artículo editorial de *Annales* publicado en 1988 decía:

Hoy los tiempos parecen llenos de incertidumbre. La reclasificación de las disciplinas transforma el paisaje científico, vuelve a cuestionar las preeminencias establecidas, afecta las vías establecidas por las cuales circulaba la innovación. Los paradigmas dominantes que se buscaron en los marxismos o en los estructuralismos, así como en los usos confiados de la cuantificación pierden sus capacidades estructurantes [...]. La historia que había establecido una buena parte de su dinamismo en una ambición federativa, no se ha salvado de esta crisis general de las ciencias sociales¹³.

12 La *New Left Review* nació como un colectivo entre historiadores marxistas británicos por fuera de los circuitos académicos. Desde sus inicios, en la década del ‘60, ha sido dirigida por Perry Anderson, un marxista que ha ido desplazando su manera de concebir los conceptos marxianos y, especialmente, el materialismo histórico. En la época de los debates con E. P. Thompson, Anderson defendía el determinismo estructuralista althusseriano. Una década después defendía el intento de síntesis liberal de N. Bobbio. En esa época, la *New Left Review* dejó de ser un colectivo y Perry Anderson decidió hacerse un historiador profesional. Hoy trabaja en la Universidad de California. Para algunos Perry Anderson es un erudito superficial. La biografía intelectual de Perry Anderson, en ELLIOT, Gregory, *Perry Anderson: el laberinto implacable de la historia*, Valencia, Universidad de Valencia, 2004.

13 “Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?”, en *Annales*. E. S. C., nº 23, 1988, p. 291-292.

En cuanto a *New Left Review* –en el seno de cuyo grupo unos años antes Perry Anderson había polemizado fuertemente con Edward Palmer Thompson sobre lo que podríamos sintetizar como el uso de las categorías marxistas por dentro o por fuera del estructuralismo–, Anderson adopta una flexibilización del criterio de unidad y práctica y hace una redefinición del socialismo científico como la coincidencia externa de un programa explicativo de investigación –el materialismo histórico–, y una tradición política –el socialismo–. Por otra parte, se pronuncia abiertamente por un marxismo clásico estructural y determinista¹⁴.

A fines de la década del ochenta, Lynn Hunt, catedrática norteamericana, llamó “Nueva historia cultural” a aquellos estudios hechos principalmente por *intellectual historians* que tomaron casi en estricta ortodoxia saussoriana al discurso histórico exclusivamente como producción textual, esto es, a la historia como un discurso que se rige por las reglas del lenguaje considerando a éste un sistema cerrado de signos, cuyas relaciones producen por sí mismas el significado. De esta manera, se desaloja a la historia de las ciencias sociales (como productora de conocimiento) porque la construcción de sentido está separada de toda intención o de todo control subjetivos, pues depende de un funcionamiento lingüístico automático e impersonal. A esta postura se la conoce como “giro lingüístico”. Esto significa, ni más ni menos, que la historia no pertenecería a las ciencias sociales, convirtiéndose en una de las disciplinas de las humanidades. De esta manera, dice Roger Chartier:

[...] las operaciones más habituales del historiador se encuentran, desde ese momento, sin objeto, comenzando por las distinciones fundadoras entre texto y contexto, entre realidades sociales y expresiones simbólicas, entre discurso y prácticas no discursivas¹⁵.

14 ELLIOT, Gregory, ob. cit., p. 296.

15 CHARTIER, Roger, “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en OLÁBARRI, Ignacio y Francisco Manuel CAPISTEGUI, *La “nueva” historia cultural, la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, p. 19-33, 25.

La influyente revista de Historia Norteamericana, *American Historical Review*, registraba el embate de la literatura en un artículo de 1989. Decía David Harlan:

El retorno de la literatura ha sumido a los estudios históricos en una extendida crisis epistemológica. Ha cuestionado nuestra creencia en un pasado inmóvil y determinable, ha comprometido la posibilidad de las representaciones históricas y ha socavado nuestra habilidad para ubicarnos a nosotros mismo en el tiempo¹⁶.

Este ha sido el principal debate a que se ha visto sometido la historia como ciencia social: el cuestionamiento por parte de los historiadores culturales de la academia norteamericana que intentaron quitarle a la historia su carácter de ciencia social¹⁷.

Roger Chartier –que había participado en los setenta del *Hacer la historia* de Le Goff y Nora–, reflexionaba en los noventa acerca del consenso que en los setenta habían logrado los historiadores relacionados con *Annales*, respecto de los principios de inteligibilidad de la historia. Este consenso, dice Chartier, se sostenía en dos grandes supuestos. El primero era la aplicación del paradigma estructuralista en el estudio del pasado de sociedades antiguas o modernas. En esa clave se identificaban las estructuras y las relaciones que independientemente de las percepciones y de las intenciones de los individuos se suponía que regían los mecanismos económicos, organizaban las relaciones sociales y engendraban las formas del discurso. Se afirmaba una separación radical entre el objeto del conocimiento histórico y la conciencia objetiva de los actores¹⁸. El segundo supuesto

16 HARLAN, David, "Intellectual History and the Return of Literature", en *American Historical Review*, n° 94, 1989, p. 881.

17 El desarrollo de este trabajo intenta ser una pequeña contribución desde la disciplina histórica como ciencia social, en la línea de lo expresado por FOLLARI, Roberto, *Teorías débiles. Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales*. 2° ed. Buenos Aires, Homo Sapiens, 2004.

18 CHARTIER, Roger, "La historia hoy en día, dudas, desafíos, propuestas", ob. cit., p. 20.

era la exigencia de someter la historia a los procedimientos del número, operación que Carlo Ginzburg en un célebre artículo denominó “paradigma galileano”¹⁹. Se trataba –gracias a la cuantificación de los fenómenos, a la construcción de series y a los tratamientos estadísticos–, de formular rigurosamente las relaciones estructurales que eran el objeto mismo de la historia.

Este paradigma estructural y galileano había aportado, sin embargo, beneficios a la historia. La acercó a la sociología, restableciendo la relación con las ciencias sociales. Fue el momento de identificar relaciones y regularidades; se pudo formular leyes generales. Por otra parte, la enseñanza de Foucault –entre otros– hizo reflexionar a los historiadores que los sistemas de relaciones que organizan el mundo social son tan reales como los datos materiales, físicos, corporales, etc. que percibe la inmediatez de la experiencia sensible. Pero todo el bagaje del estructuralismo dejaba fuera el papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales.

El posestructuralismo puso en el centro de la discusión la cuestión inherente a las relaciones entre las palabras y las cosas, entre la lengua y la realidad extralingüística y señaló acertadamente que la vida mental se desarrolla en el lenguaje y que no existe ningún metalenguaje que permita observar una realidad desde el exterior. Pero si los textos sólo reflejan otros textos, sin hacer referencia a una realidad, entonces el “pasado” se disuelve en literatura. Sin entrar en el debate teórico que significan estas cuestiones, pero alertando del peligro que significa el relativismo de (con)fundir ficción con hechos, decía Eric Hobsbawm en 2002:

[es necesario que] los historiadores defiendan los fundamentos de su disciplina: la supremacía de la prueba. Si bien la historia es un arte que requiere de la imaginación, no es un producto de la invención ya que parte de objetos hallados. Cuando al ser acusado de asesinato un inculcado necesita probar su inocencia, no necesita las técnicas de un teórico posmoderno, sino las de un historiador anticuado²⁰.

19 Cf. “Indicios, raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en GINZBURG, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios, morfología e Historia*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 138-175.

20 HOBBSAWM, Eric, “El historiador entre la cuestión de la universalidad y la identidad”, en *Diógenes*, n° 168, 1994.

La toma de conciencia por parte de los historiadores de que el discurso histórico, cualquiera sea el objeto o la forma, es siempre una narración, fue difícil de aceptar para los que, en aras de negar la historia de los acontecimientos, favorecían una historia estructural y cuantificada. En el lugar que antes ocupaban los héroes y los personajes de los antiguos relatos, la “nueva historia” colocaba a entidades anónimas y abstractas; el tiempo espontáneo de la conciencia era sustituido por una temporalidad construida, articulada, jerarquizada; al carácter autoexplicativo de la narración, aquella oponía la capacidad explicativa de un acontecimiento controlable y verificable. Sin embargo, Paul Ricoeur, en *Tiempo y Narración*²¹, mostró cómo toda historia, aún la menos narrativa, la más estructural, está construida siempre a partir de fórmulas que gobiernan la producción de narraciones. Las entidades que manejan los historiadores (sociedades, clases, mentalidades) son cuasi personajes dotados implícitamente de propiedades, que son las de los héroes ordinarios que conforman las colectividades que designan estas categorías abstractas (La burguesía tomó el poder sin tener en cuenta las expectativas del proletariado....La iglesia no cumplía con lo que las Leyes de Indias ordenaban, etc.). Por otra parte, los procedimientos explicativos de la historia continúan básicamente anclados en la lógica de la imputación causal singular, es decir, en el modelo de comprensión que, en la vida cotidiana o en la ficción, permite dar cuenta de las decisiones y acciones de los sujetos. La constatación de que la historia siempre es una narración es también la constatación de que tiene parentescos con otros relatos. Esta situación ha llevado a algunos estudiosos al intento de identificar las propiedades específicas del relato de la historia con respecto a los otros relatos. Este propósito es el que ha guiado a todo un grupo de trabajo inscripto en la crítica literaria “al modo norteamericano”, a descubrir las formas a través de las cuales se produce el discurso de la historia. El principal animador de este proyecto es el académico norteamericano Hayden White. Según Chartier, el trabajo de White “apunta a identificar las figuras retóricas que gobiernan y constriñen todos los modos posibles de la narración y de la explicación históricas –a saber, los cuatro tropos clásicos: metáfora, metonimia, sinécdoque y con un estatuto

21 RICOEUR, Paul, *Tiempo y narración; configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995 (1ª ed. en francés 1985).

particular, “metatropológico”, la ironía”²². Se trata de una investigación de constantes. No hay realidad histórica, sólo discursos históricos. Es otra de las versiones del giro lingüístico. Más aún, hubo quienes han hablado de la “poética de la historia”²³. La manera en que Clifford Geertz encara el estudio de las sociedades en el sentido de “leer” a la sociedad como un texto, para encontrar dentro de ella misma las claves de su sistema de significaciones, valores y creencias que dominan la vida, ha sido tomada por algunos historiadores para estudiar cómo la gente común entendía su mundo y cómo lo expresaba en su conducta. Se trata de la historia etnográfica, cuyo más importante representante es el historiador norteamericano Robert Darnton. Dice este autor: “Este tipo de historia cultural pertenece a las ciencias interpretativas”²⁴. Respecto de esta forma de hacer historia, que se encuentra en los bordes del giro lingüístico, agrega:

El género antropológico de la historia tiene su propio rigor, aunque pueda parecerles tan sospechoso como la literatura a los sociólogos rígidos. Esto se apoya en la premisa de que la expresión individual se manifiesta a través del idioma en general, y que aprendemos a clasificar las sensaciones y a entender el sentido de las cosas dentro del marco que ofrece la cultura. Por ello debería ser posible que el historiador descubriera la dimensión social

22 CHARTIER, Roger, ob. cit., p. 23-24.

23 CARRARD, Philippe, *Poetics of the New History: French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore, Maryland, The Johns Hopkins Press, c. 1992.

24 DARNTON, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, Buenos Aires, FCE, 1998, p. 13 (1ª ed. en inglés 1984). El artículo que da nombre al libro tiene como fuente principal el diario de uno de los aprendices que recuerda, como uno de los episodios más divertidos sucedidos en la imprenta de su patrón, una escandalosa matanza de gatos. Darnton interpreta que el acontecimiento significó una venganza simbólica y, por lo tanto, una forma de rebelión: “Realizar esta hazaña requirió gran habilidad. Mostró que los trabajadores sabían manejar símbolos en su idioma (el de la acción), tan eficazmente como los poetas lo hacían por escrito”, ob. cit., p. 97.

del pensamiento y que entendiera el sentido de los documentos relacionándolos con el mundo circundante de los significados, pasando del texto al contexto y regresando de nuevo a éste hasta lograr encontrar una ruta en un mundo mental extraño²⁵.

En cuanto a la historia de los textos literarios, políticos, científicos, la perspectiva de Derrida acerca de la inestabilidad de los discursos abierta a una multiplicidad de sentidos ligada al lenguaje mismo, es también un embate a la historia. Sin embargo, para los historiadores, fundamentalmente para Roger Chartier que propicia un proyecto de historia de la lectura en Occidente²⁶, esa perspectiva no tiene nada que ver con la realidad social y la producción social del sentido, ya que los textos no existen independientemente de los soportes que los dan a leer, a escuchar, a ver y que contribuyen a la producción de sentido. La inestabilidad del texto se vincula, según Chartier, con contextos de interpretaciones, comunidad de lectores y pluralidad de usos o apropiaciones si se quiere usar el concepto de Pierre Bourdieu, de quien explícitamente es tomado por el historiador francés.

El siglo XXI: consensos y nuevos debates

Cuatro historiadores europeos –dos británicos: Peter Burke y Eric Hobsbawm; un italiano: Carlo Guinzburg; y un francés: Roger Chartier– son quienes más visiblemente ante los lectores occidentales han sostenido –parafraseando el señero libro de Marc Bloch– el *combat pour l'histoire*, asegurando a ésta un lugar entre las ciencias sociales en contra de quienes desde Haydn White y los posmodernos encuentran en la historia sólo un ejercicio de narración, dominado por las reglas del discurso, y por lo tanto no productor de conocimiento científico. Básicamente entienden que toda historia es parte de un contexto histórico global y que las condiciones de la sociedad condicionan el pensamiento. Los cuatro

25 DARNTON, Robert, ob. cit., p. 13.

26 Cf. *Cultura escrita, literatura e historia, Conversaciones con Roger Chartier*, México, FCE, 1999.

vienen de tradiciones históricas distintas, pero relacionadas por un núcleo que podríamos definir como marxista en el sentido de que los cuatro aportan desde distintos lugares a la convicción de la producción social del sentido: Roger Chartier, de la 4ª generación de historiadores de los *Annales*²⁷; Eric Hobsbawm, del marxismo británico afiliado al Partido Comunista de su país hasta su disolución en 1991²⁸; Peter Burke, de la tradición sajona, que incorpora y sintetiza los aportes de la escuela de los *Annales*²⁹; y Carlo Guinzburg, de la microhistoria italiana pero fundamentado en un concepto no determinista de la historia³⁰. Como ninguno de ellos se había pronunciado por un marxismo prosoviético –Hobsbawm se había alejado

27 En sus obras *De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social* (1994) y *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. (1995) ya está claramente delineada su forma de abordar la historia de la cultura en el sentido de que son las transformaciones culturales más profundas las que permiten la producción, circulación y aceptación de ideas revolucionarias en una época determinada y no al revés, como sostenía la historia tradicional de las ideas.

28 Este autor marxista gramsciano ha sido, junto con E. P. Thompson, impulsor de los estudios de la historia de las clases subalternas, campo que según el mismo Hobsbawm “[...] es cultivado no sólo por marxistas o por considerable número de aquellos que, con razón, se pueden definir populistas de izquierda, sino también de historiadores de otras ideologías”, cit. en ARICÓ, José M., *La cola del diablo; itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 154.

29 Peter Burke es tal vez el más famoso de los representantes de la “Nueva Historia Cultural” que enlaza con la antropología y con las teorías de la recepción (no hay recepción pasiva, sino adaptación creativa de las tradiciones culturales) de cuyos teóricos resalta especialmente a Michel de Certeau.

30 Carlo Ginzburg ha identificado en la tradición intelectual de Occidente tres formas básicas de entender los cambios en la historia: el de la adaptación, formulado por San Agustín en el siglo V, el del conflicto, por Maquiavelo en el siglo XVI, y el de la multiplicidad por Leibniz en el siglo XVII. Los tres han sido combinados y reelaborados hasta la actualidad, incluyendo en éstas a la tradición marxista que corresponde a las teorías del conflicto. Véase su artículo *Distancia y perspectiva*, ya citado.

del marxismo prosoviético varios años antes-, no sintieron con tanto pesimismo y decepción, como los marxistas más cercanos, el dolor de ver caer el muro de Berlín y el declamado "Fin de la Historia" de Francis Fukuyama, que implicaba un fin de la historia con el signo contrario al que una vez pronosticó Karl Marx.

Lo que tienen en común los cuatro historiadores es el uso transdisciplinario de conceptos acerca de la sociedad apoyados, específicamente, en la sociología de Pierre Bourdieu. De esa manera, entienden la cultura como la conjunción de cultura como objeto de juicio estético, con la inserción en el mundo a través de creencias, valores y actitudes que dirigen la vida en la sociedad en cada época, y esa totalidad como objeto de la historia³¹. Así se puede entender cómo un objeto cultural significa distintas cosas según la apropiación (otro concepto de Bourdieu) que de él hagan los sujetos de las clases dominantes o de las clases subalternas³².

Los marxistas ortodoxos –antes de la caída del muro prosoviéticos y ahora neotrotskistas– blasfeman contra Edward Palmer Thompson, a quien acusaron, junto con Raymond Williams, de ser los causantes de la historia posmoderna y más concretamente del giro lingüístico

El consenso principal –en estos cuatro historiadores– acerca de la historia en el siglo XXI ha sido básicamente reconocerla como una disciplina científica que depende de una investigación en la cual siempre hay fuentes, cuya producción se realiza con la intención de buscar una verdad, la cual se materializa en un texto. Este reconocimiento ha significado explícitamente un nuevo debate entre los historiadores. La historia es una ciencia social, aunque evidentemente las dificultades de establecer el régimen propio de un conocimiento histórico son inmensas. Creo que el camino más útil es el abierto por Ginzburg, quien habla de que el

31 Ha sido un aporte importante a esta forma de comprender la imbricación de los dos conceptos de cultura el aporte del sociólogo alemán Norbert Elias. Especialmente su obra, *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, FCE, 1987 (edición original de 1939).

32 El sentido de "apropiación" tiene que ver con las teorías de la recepción, con el "consumo" de cierto cuerpo de ideas o de objetos culturales y cómo cada grupo lo incorpora creativamente a su propio repertorio de convicciones.

objeto del discurso histórico se puede definir como un pasado que fue o una realidad desaparecida. A ese conocimiento se accede utilizando indicios, conjeturas, etc. “Paradigma indiciario”, lo llama Ginzburg. Los criterios que propone para la validación y la calificación de los discursos históricos no son únicamente formales en cuanto al texto –como los de H. White– sino, también, criterios de adecuación entre el objeto construido por el historiador y una realidad que ha dejado huellas, indicios, rastros.

Voluntarismo vs. determinismo: la cuestión en algunos historiadores latinoamericanos y argentinos

La cuestión entre voluntarismo y determinismo que dividió siempre a los historiadores marxistas y no marxistas es un debate que sigue. En una buena síntesis, dice Carlo Ginzburg:

De la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación. Como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada³³.

Esta metáfora acerca de la libertad condicionada muestra también la superposición de voluntad y determinación que operan en las personas que viven en una determinada sociedad³⁴.

33 GINZBURG, Carlo, en el prefacio a *El queso y los gusanos, el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1986, p. 22 (1ª ed. 1976).

34 Ginzburg distingue entre cultura de las clases dominantes y cultura de las clases dominadas y cómo, muchas veces, la cultura de las clases dominantes hace que las clases subalternas lleguen a considerar la suya como mala y la repudien; y otras presente una resiliencia que se manifiesta de distintas maneras. Cf. *Mitos, emblemas, indicios*, ob. cit.

Los principales ensayos históricos producidos en el último cuarto del siglo XX que analizaron, desde distintos enfoques, la realidad latinoamericana –aunque importantísimos por sus aportes los tres–, participan de una concepción determinista. Estos son: *La tradición centralista de América Latina*, del chileno Claudio Véliz (1972); *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, del argentino José Luis Romero (1976), y *La ciudad letrada*, del uruguayo Ángel Rama (póstumo, 1984). Haciendo un esquema básico diremos que en la historiografía argentina aquellos historiadores no marxistas, de Mitre en adelante pasando por la Academia Nacional de la Historia, han participado de versiones voluntaristas de la historia; y los historiadores y ensayistas marxistas o filomarixistas, de José Ingenieros en adelante, pasando por Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Duhalde y otros, se encuadran en posturas deterministas que se pueden resumir dentro de la tradición del Partido Comunista que hacía suya una idea de progreso y evolución histórica por etapas necesarias sucesivas³⁵. No entra en esta gruesa generalización Tulio Halperin Donghi, todavía hoy el historiador más respetado e influyente y uno de los que junto con José Luis Romero, desde la izquierda, introdujeron en la Argentina los “nuevos paradigmas de la historia” a partir de los años sesenta.

En nuestros días, uno de los historiadores argentinos –tal vez el más importante– que ha renovado el abordaje de la historia desde una perspectiva clasi-
sista y no determinista, Horacio Tarcus, dice:

Tenemos una izquierda prefoucaultiana; entre otras cosas los aportes de autores como Toni Negri y John Holloway a la izquierda no los han procesado en lo más mínimo. Los dos plantean una crítica al viejo modelo leni-

35 Fernando Devoto, en “Reflexiones en torno a la izquierda nacional y la historiografía argentina”, argumenta que esas etapas sucesivas que obligaban a afirmar el capitalismo como un momento necesario hacia la revolución, hizo que esta historiografía construyera vínculos sólidos con el liberalismo argentino político e historiográfico. Cf. DEVOTO, Fernando y Nora PAGANO, ob. cit., p. 107-131. También Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, *passim*.

nista de partido de política y de poder que caracterizó a toda la izquierda. Hasta la izquierda peronista, la izquierda castrista o la izquierda guerrillera estaban imbuidas de la lógica leninista. Más allá de que adoptase la forma de partido político o de guerrilla rural urbana o foco guevarista. La lógica es la lógica leninista de asalto al poder. Y Holloway³⁶ trata de volver a una lógica que es previa al leninismo; simplemente que lo está *aggiornando*, actualizando, que era la lógica de construir un poder, si se quiere un contrapoder social, que vaya transformando las relaciones de poder en la sociedad de modo que las transformaciones del estado no sean un asalto a un aparato burocrático³⁷.

Los debates acerca del pasado reciente

Reconocer a la historia como ciencia social produjo –y produce en nuestro país también– dos nuevos debates: 1) Por un lado, si la historia es parte una de las dimensiones de la conciencia social, o sea la “memoria” de una determinada sociedad, eso quiere decir que quienes “digan” esa memoria son quienes tienen el poder para usarla. Y por el otro, quiénes son los que tienen el derecho a construir esa memoria. La incorporación de temas en la historia argentina acerca de nuestro pasado más reciente es parte de esas luchas por la memoria. 2) El segundo debate es acerca de la verdad que produce el trabajo histórico³⁸.

36 Refiere a HOLLOWAY, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2002, y del mismo Holloway, “La asimetría de la lucha de clases. Una respuesta a Atilio Borón”, en *Observatorio Social de América Latina–OSAL*, Buenos Aires, n° 4, junio de 2001.

37 Entrevista en *Ñ, Revista de Cultura*, Buenos Aires, sábado 13 de octubre de 2007, p. 8-9.

38 Estas últimas reflexiones sobre los debates acerca de la historia reciente están tomadas de mi trabajo “Balance: historia, memoria y una aproximación conceptual”, en ROIG, Arturo y María Cristina SATLARI (comps.), *Mendoza, identidad, educación y ciencias*, Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 2007, p. 689-700.

La historia de la historia reciente es hija del dolor. La grieta producida por la devastadora Gran Guerra en el corazón del mundo occidental se constituyó en su primer estímulo. Los estragos de la Gran Depresión y más tarde la experiencia límite de la Segunda Guerra Mundial y de su trágico emblema, el Holocausto, aportaron sobrados motivos, interrogantes y materiales más que potentes para impulsarla. En el Cono Sur Latinoamericano, fue la experiencia de las últimas dictaduras latinoamericanas, que asumieron modalidades inéditas en Estados criminales y terroristas, el punto de ruptura que ha promovido los estudios sobre el pasado reciente³⁹.

Ahora bien, la memoria entendida como las representaciones colectivas del pasado tal como se forjan en el presente, estructura las identidades sociales inscribiéndolas en una continuidad histórica y otorgándoles un sentido, es decir, una significación y una dirección si es una memoria fuerte en el sentido ético, pero si esa memoria se torna débil porque se banaliza, pierde su significación moral. Dice el historiador italiano Enzo Traverzo:

La memoria de la Shoá, cuyo estatuto es hoy tan universal y consensuado que funciona como una religión civil del mundo occidental, muestra bien ese pasaje de una memoria fuerte a una débil como lo ha estudiado el historiador norteamericano Peter Novick, quien concluye que se ha producido una mutación de memoria fuerte a débil en el sentido de que “la memoria del Holocausto es tan banal, tan inconsecuente y no constituye una verdadera memoria porque es consensual y está desconectada de las divisiones reales de la sociedad norteamericana, por tanto es una memoria apolítica”⁴⁰.

Y agrega respecto del lugar de la memoria en las sociedades actuales:

39 FRANCO, Marina y Florencia LEVIN (comps.), *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 14.

40 Citado por TRAVERZO, Enzo, “Historia y memoria; notas sobre un debate”, en FRANCO, Marina y Florencia LEVIN, *ibid.*, p. 87.

La memoria parece hoy invadir el espacio público de las sociedades occidentales gracias a una proliferación de museos, conmemoraciones, premios literarios, películas, series documentales televisivas y otras manifestaciones culturales, que desde distintas perspectivas presentan esta temática. De esta manera, el pasado acompaña nuestro presente y se instala en el imaginario colectivo hasta suscitar lo que ciertos comentaristas han llamado una “obsesión conmemorativa” poderosamente amplificada por los medios de comunicación. La valorización, incluso la sacralización de los “lugares de la memoria” da lugar a una verdadera “topolatría”. Esta memoria “sobreabundante” y “saturada” marca el espacio [...]. Institucionalizado, ordenado en los museos, transformado en espectáculo, ritualizado, reificado, el recuerdo del pasado se transforma en memoria colectiva una vez que ha sido seleccionado y reinterpretado según las sensibilidades, las interrogaciones éticas y las convicciones políticas del presente [...]. Por un lado, este fenómeno muestra indudablemente un proceso de reificación del pasado, que hace de la memoria un objeto de consumo, estetizado, neutralizado y rentable [...]. Por otro, este fenómeno se parece, en varios sentidos a lo que Hobsbawm ha llamado “la invención de la tradición”: un pasado real o mítico alrededor del cual se construyeron prácticas ritualizadas dirigidas a reforzar la cohesión social de un grupo o de una comunidad, a dar legitimidad a ciertas instituciones, a inculcar valores en el seno de la sociedad⁴¹.

Ignacio Olábarri decía refiriéndose a *The Invention of Tradition*: “No es lo nuestro inventar tradiciones, sino como en el caso de la oportuna obra de Hobsbawm y Ranger, estudiar el cómo y el por qué de tales invenciones”⁴². Según varios autores estamos en la era del testimonio⁴³, aquello que Benjamín conside-

41 TRAVERZO, Enzo, *ibid.*, p. 67-68.

42 OLÁBARRI, Ignacio, “La resurrección de mnemosine: historia, memoria, identidad”, en OLÁBARRI, Ignacio y Francisco Javier CAPISTEGUI, *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, p. 172.

43 Fundamentalmente WIEWIORKA, Annette, *La era del testimonio*, de 1998; SARLO, Bea-

raba clausurado después del horror de la Gran Guerra. “[...] de las fronteras y los frentes de batalla los hombre volvieron enmudecidos” es contradicho, desde el momento mismo que esa guerra da comienzo según Wieworka (1998), a la era del testimonio de masas. “Vivimos en una época en la que, de manera global, el relato individual y la opinión personal ocupan el lugar del análisis”⁴⁴. El testimonio personal, la memoria personal que, si el que la produce no es un mentiroso contumaz, es de todas maneras “su” verdad, no tiene nada que ver con la categoría de “experiencia” que desarrolló primeramente Thompson, para dar cuenta de las luchas y resistencias de las clases subalternas. Aunque, como afirma Ricoeur, el testimonio está en el origen del discurso histórico. Este énfasis en el testimonio por encima del tratamiento de los datos, huellas, indicios que debe interpretar el historiador es lo que muchos llaman “giro subjetivo”. Este giro subjetivo es otra de las versiones del posestructuralismo y se vincula también con la tensión que existe, hace más de un siglo, entre voluntarismo y determinismo⁴⁵.

Según el modelo propuesto por Henry Rousso en *Le Síndrome de Vicchy*, las etapas de la memoria colectiva se pueden describir de la siguiente manera: primero hay un acontecimiento significativo, traumático; luego sigue una fase de represión, que será tarde o temprano seguida de una anamnesia; el retorno de lo reprimido que, a veces, dice el autor, puede convertirse en obsesión. Estos momentos o etapas pueden, también, superponerse. En la Argentina la memoria de

triz, *Cultura de la memoria y giro subjetivo; una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, y Levin y Traverzo en ob. cit.

44 TRAVERZO, Enzo, ob. cit., p. 71.

45 Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo; una discusión*, a modo de ejemplo dice que para saber cómo pensaban los militantes de 1970 es necesario, además de la memoria de testigos, recurrir a folletos, reportajes, programas revolucionarios y partidarios, entrevistas hechas en la época, ya que estos documentos les agregan el marco de un espíritu de época, etc.: “[...] no limitarse al recuerdo que ahora ellos tienen de cómo eran y actuaban, no es una pretensión reificante de la subjetividad ni un plan para expulsarla [a la memoria] de la historia. Significa solamente que la verdad no resulta del sometimiento a una perspectiva memorialística que tiene límites, ni mucho menos, a sus operaciones tácticas”, p. 83.

los crímenes de la dictadura comenzó a manifestarse en la escena pública durante la misma dictadura, a la que contribuyó a deslegitimar. Por la modalidad de la criminalidad: desaparición de millares de víctimas cuyos cuerpos no han sido hallados, la incompleta depuración de las instituciones militares sumadas a las leyes de amnistía que permitieron la impunidad de los verdugos hasta 2005, la desaparición del testigo Jorge Julio López en 2006, hacen que no se haya dado la fase del olvido o represión de la memoria, sino que se ha perennizado la fase del duelo.

En este proceso de elaboración de la memoria colectiva argentina, que es tema de la historia reciente por la cercanía del tiempo transcurrido –menos de cuarenta años si tomamos como fecha inicial el Cordobazo de 1968–, y ya que numerosos testigos están vivos y pueden testimoniar, no se ha hecho patente la necesidad de dilucidar una cuestión que, sin embargo, está latente en la relación que se da entre historia y memoria. ¿La verdad del historiador sirve para la justicia? En Europa, con motivo de los procesos que se hicieron en los noventa a genocidas en Francia e Italia, dividió a los historiadores. Algunos aceptaron y otros no ir a declarar. Lo sucedido en Chile cuando Pinochet, detenido en Londres, hizo una “Carta a los chilenos” en la que planteaba sus “tres verdades históricas”, respondida por un *Manifiesto de historiadores* encabezados por Sergio Grez Toso, se inscribe más bien, creo, en las luchas por la memoria⁴⁶.

Si la historia produce una verdad científica, la verdad histórica, ¿el historiador es juez?; ¿debe ser juez? Sin duda que el historiador debe responder a la demanda social que existe en el espacio público sobre los temas que aborda la historia reciente. Y también es innegable que el conocimiento experto que se aporta desde la disciplina no es neutro y que no sólo está atravesado por el estatuto epistemológico desde el que se aborda, sino que está atravesado por las luchas presentes por la memoria.

Es evidente que, más allá de los consensos y disensos que existan respecto del papel del historiador, sin duda le toca asumir un rol cívico y necesariamente político, pero no necesariamente mediático. Esto se debe no a que su trabajo genere interés en la sociedad, sino, más bien, a que los historiadores sensibles a su

46 GREZ TOSO, Sergio y Gabriel SALAZAR (comps.), *Manifiesto de Historiadores*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1999.

tiempo tocan temas que está demandando la sociedad. Para nosotros, pensar críticamente el pasado tiene carácter político. En palabras de Roberto Pittaluga:

El carácter político del trabajo sobre el pasado reciente es ineludible, en la misma medida en que el objeto abordado implica e interpela el horizonte de expectativas pasado de una sociedad e incide en la construcción del propio horizonte de expectativas presente⁴⁷.

Me parece que la contribución del historiador Carlo Ginzburg respecto de la verdad histórica escrita durante los años de los procesos a los genocidas en Europa es la mejor. Sintéticamente, Ginzburg dice en *El historiador y el juez* (1997) que la verdad que produce el historiador no es normativa. Producto de una investigación, su verdad sigue siendo parcial y provisoria; jamás definitiva. La historiografía nunca está fijada, pues en cada época nuestra mirada sobre el pasado, interrogado a partir de cuestionamientos nuevos, explorados con la ayuda de instrumentos y categorías de análisis diferentes, se modifica. La escritura de la historia implica, por otra parte, un procedimiento argumentativo –una selección de hechos y una organización del relato– del cual el paradigma sigue siendo la retórica de base judicial. La retórica, según Ginzburg, es un arte de la persuasión nacido en los tribunales. Allí, delante de un público, se ha codificado la reconstrucción de un hecho por las palabras. No es poca la coincidencia con la historia en la que también se argumenta para reconstruir un proceso histórico, pero allí se termina la afinidad. La verdad de la justicia es normativa, definitiva y obligatoria. Comparada con la verdad judicial, la del historiador no es solamente provisoria y precaria, sino que es también más problemática. Resultado de una operación intelectual, la historia es analítica y reflexiva, trata de mostrar las estructuras subyacentes a los acontecimientos, las relaciones sociales en las cuales están implicados los hombres y las motivaciones de sus actos. En resumen, es otra verdad: es una verdad científica y por lo tanto provisoria y precaria. La interpretación de la realidad pasada del historiador no posee la racionalidad implacable, medible e incon-

47 PITTALUGA, Roberto, “Teoría, sujeto, historia y política. Apuntes para pensar la historia del pasado reciente”, en *El Rodaballo*, Buenos Aires, CeDinCi, n° 15, 2004, p. 63.

testable de las demostraciones de Sherlock Holmes. Ya dijimos que no es un relato arbitrario de tipo literario, como quieren los posmodernos. Entonces, de acuerdo con Ginzburg, reconocemos que allí donde la justicia ha cumplido su misión señalando o condenando al culpable de un crimen, la historia comienza su trabajo de búsqueda y de interpretación tratando de explicar cómo este llegó a ser un criminal, su relación con la víctima, el contexto en el cual ha actuado, así como la actitud de los testigos que han asistido al crimen, que no supieron impedirlo, que lo toleraron o aprobaron. Y al respecto dice Traverzo, coincidiendo con Ginzburg, “La justicia ha sido, a lo largo del siglo XX, por lo menos desde Nüremberg, un momento importante de la elaboración de la memoria y en la formación de la conciencia colectiva”⁴⁸.

El entusiasmo actual en el público por los estudios históricos –dejadas atrás las operaciones de borramiento del pasado de la posmodernidad– produce buenas ganancias a algunas editoriales, pero también una banalización de la historia que –en versiones maniqueas, por lo general mediáticas–, resultan simplificaciones de los procesos o sobreabundancia de los pormenores cotidianos. La historia se construye con alguno de los tres modelos de comprensión de la realidad o con la combinación de algunos de ellos a través de una investigación, cuyo resultado es una interpretación científica –con las salvedades y recaudos que hemos desarrollado– de la realidad pasada.

Para finalizar, una opinión grata sobre la tarea del historiador con la que acordamos, anotada por Eric Hobsbawm en *Años Interesantes* (2002), en la que el académico relata sus experiencias desde la infancia en Viena hasta más o menos fines del 2001. No se trata de un libro de memorias privadas, sino más bien de un autorretrato del hombre público y de su tiempo. Al final del capítulo sobre su vida entre colegas e intelectuales, Hobsbawm cita a su amigo Pierre Bourdieu, quien una vez dijo: “Veo la vida intelectual como algo más cercana a la vida del artista que a la rutina de la academia [...]. De todas las formas de trabajo intelectual, el oficio de sociólogo es sin duda el que me ha dado felicidad, en todo el sentido de la palabra”. Hobsbawm anota: “Reemplacemos sociólogo por historiador y digo amén”.

48 TRAVERZO, Enzo, ob. cit., p. 92.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos (Dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- , *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- ARICÓ, José M., *La cola del diablo; itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- BACHELARD, Gastón, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1979.
- , *El compromiso racionalista*, México, Siglo XXI, 1987.
- BURKE, Peter (Ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1994.
- , *Sociología e Historia*, Buenos Aires, Alianza, 1994.
- , *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- , *Varieties of Cultural History*, New York, Cornell University Press, 1997.
- , *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2002.
- BOURDIEU, Pierre et al., *El oficio del sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- , *Cosas dichas*, Madrid, Gedisa, 1996.
- , y Loïc J. D. Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.
- CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- , *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996.
- , *Cultura escrita, literatura e historia; conversaciones con Roger Chartier*, México, FCE, 1999.
- CAPEL, Horacio, "Historia de la ciencia e historia de las disciplinas científicas", en *Neocrítica*, n° 33, Barcelona, 1997.
- DARNTON, Robert, *La gran matanza de gatos*, México, FCE, 1998.
- DEVOTO, Fernando y Nora PAGANO (Eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

DUDA DE LUTYK, Marta y Silvia BUSTOS DE EVANS (coords.) *Los historiadores y sus textos. Tomo III, Siglos XX-XXI, Las nuevas historias*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 2006.

FOLLARI, Roberto, *Teorías débiles. Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales*. 2° ed. Buenos Aires, Homo Sapiens, 2004.

———, “Expansión de los estudios culturales y su constitución en objeto de estudio (sobre críticas, autoelogios y paradojales autocríticas)”, en Roberto Follari (Coord.), *La proliferación de los signos; la teoría social en tiempos de la globalización*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 2004.

FRANCO, Marina y Florencia LEVIN (Comps.), *Historia reciente; perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

GRIMSON, Alejandro y Mirta VARELA, “Culturas populares, recepción y política. Genealogías de los estudios de comunicación y cultura en la Argentina”, en Daniel Mato (compilador), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, CLACSO, 2002.

GINZBURG, Carlo, *El queso y los gusanos; el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Madrid, Muchnik, 1986.

———, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, N° 8, Buenos Aires, 1995, p. 51-76.

———, *Mitos, emblemas, indicios, morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1994.

———, “Distancia y perspectiva. Dos Metáforas”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, N° 16, Buenos Aires, principios de 1999, p. 99-121.

———, “Historia, retórica, prueba. Sobre Aristóteles y la historia hoy”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, N° 27, Buenos Aires, principios de 2005, p. 153-166.

HOBSBAWM, Eric, *Años interesantes*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

———, “Notas para el estudio de las clases subalternas”, en su *Marxismo e Historia Social*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983, p. 41-51.

———, Christopher HILL, Perry ANDERSON, E. P. THOMPSON y Joan W. SCOTT, “Agendas para una historia radical”, en *El Cielo por Asalto*, n° 6, verano 1993/1994.

HORA, Roy y Javier TRÍMBOLI, *Pensar la Argentina; los historiadores hablan de*

- historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994.
- HOLLOWAY, John, *Contra y más allá del capital. Reflexiones a partir del debate sobre el libro Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramienta, 2006.
- JOHNSON, Richard, "Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista humanista", en JOHNSON, Richard *et al.*, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1983.
- OLÁBARRI, Ignacio y Francisco Javier CASPISTEGUI, *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996.
- ROIG, Arturo Andrés, "La radical historicidad de todo discurso", en *CHASQUI. Revista Latinoamericana de Comunicación*, Quito, Ecuador, n° 15, julio-setiembre de 1985.
- , *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina*, México, UNAM, 1981.
- SARLO, Beatriz, *La máquina cultural: maestras, traductores y vanguardistas*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
- , *Cultura de la memoria y giro subjetivo, una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- SERRANO, Carlos, "Historia cultural", en *Historia Social*, Valencia, España, n° 26, 1996, p. 97-112.
- SAZBÓN, José, "Dos caras del marxismo inglés: el intercambio Thompson-Anderson", en *Punto de Vista*, N° 29, abril/junio de 1987, p. 11-25.
- SOKAL, Alan y Jean BRICMANT, *Imposturas intelectuales*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- TARCUS, Horacio, "¿Es el marxismo una Filosofía de la Historia? Marx, la teoría del progreso y la cuestión rusa", en *Realidad Económica*, n° 174, Buenos Aires, agosto/septiembre de 2000.
- , *Marx en la Argentina; sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- THOMPSON, Edward Palmer, "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del XVIII", en su *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 62-134.

—————, *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra, 1780-1832*, Barcelona, Laia, 1977.

—————, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.

TERÁN, Oscar, "Cómo se cuenta la historia", en su *De utopías, catástrofes y esperanzas; un camino intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.